



Maurice Ravel.

**CIEN AÑOS**

**LOS DISFRACES DE RAVEL**

**S**E cumple este año el centenario de Maurice Ravel. La excesiva literatura que han levantado tanto la circunstancia como la propia personalidad del compositor es causa de que a estas alturas cualquier pretensión de hacer historia sea ociosa y superfluo cualquier esfuerzo por ponerse poético. La redundancia, además de ser, en todo caso, causa determinante del empobrecimiento del discurso, resultaría en éste una grosería imperdonable.

Así las cosas, la mejor manera de celebrar a Ravel al cabo de cien años es la misma que hace uno se reclamó desde aquí mismo para Arnold Schoenberg: hablar menos de él y detenerse más en escuchar sus obras. En el caso de Ravel, esto parece ser más asequible —y a la vista están los muchos conciertos que vienen incluyendo sus composiciones—: la razón se puede encontrar en la mayor simplicidad que a primera vista posee la obra raveliana.

Pero... ¿es en realidad tan simple? En algunos aspectos, podría más bien afirmarse todo lo contrario; es más, se puede decir que la música de Ravel es tanto más difícil cuanto más fácil sea en apariencia. Roland-Manuel, cuando en el libro segundo de su excelente monografía sobre el compositor de Ciboure, «disecciona» sus tres maneras de componer, nos aporta una admirable guía para adentrarnos en la «gestalt» raveliana, una de las más atrayentes que han surgido en la historia de la música. Pero el tiro, dirigido con precisión, se contenta con dar en un blanco provisional. Pues Roland-Manuel, profundo conocedor de Ravel, nada nos dice —quizá por ello— del significado de esa «gestalt» como disfraz. Si en Schoenberg la novedad es inmediata, ruptural, en Ravel nos llega como en silencio, solapadamente.

Theodor W. Adorno, en páginas de claridad y exactitud casi hirientes, llama a Maurice Ravel «maestro de máscaras», y al descubrir éstas encuentra a un «niño prodigio» lúcido y desencantado que figura examinar superficialmente los temas más abigarrados y exóticos para disimular que en realidad no hace sino reflexionar de un modo entre resignado y obsesivo sobre sus propias sensaciones y la si-

tuación en que nacen. Y es esta última la que viene a determinar, en definitiva, lo aciago de esa secreta contradicción entre lo exterior y lo de una misma obra. Recordemos cuando Nietzsche, al borde del silencio, clamaba porque la música fuera «como una melodía de octubre». Así era la de Maurice Ravel... pero llegó demasiado tarde, cuando ya había dejado de sonar la flauta de Dionisos. Ravel empezó a crear cuando los mitos se refugiaban en la infancia con los últimos visos de seguridad. Se supo en seguida poseedor de la habilidad infantil de animar a los objetos y prefirió hacer que éstos hablaran antes que hablar él mismo.

Con todo, y aunque los secretos acaban siempre por ser descubiertos —y no iban a ser excepción los de Ravel, sobre todo si tenemos en cuenta que ha caído sobre él el peso de la literatura—, aunque ya sepamos que en el «Boloro» hay que oír todo menos la melodía, por más que ésta se repita una y otra vez, y no dejemos de escuchar en los «Cuadros de una exposición» a un compositor que cifra la originalidad de su mensaje simplemente en orquestar la partitura de otro, siempre queda la duda última de si esta es la verdad, o el niño que describió Adorno y todos descubrieron no habrá agotado su inteligencia en hacer trastadas; a lo mejor, Ravel no es nada más que un músico superficial y hay que defenderlo de otra manera para seguir justificando que nos gusta.

La verdad es que siempre sería posible inventar nuevas paradojas, por cuanto ya las propicia el hecho de que se destaque como orquestador matemático a un músico que hubiera merecido pasar a la Historia simplemente con su obra para piano. Que se llame «español», «oriental», «vienes», «eslavico» o incluso «norteamericano» a un artista que ponía los folklores auténticos detrás del decorado de su imaginación. Maurice Ravel es todavía, a cien años de su nacimiento y casi cuarenta de su muerte, un músico desconcertante. Pero hoy ya van perdiendo efecto los engaños, y sus obras, aun las más desenfadadas, dejan la sensación de contemplar de cerca uno de los últimos perfiles de la decadencia. ■ JOSE RAMOS RUBIO.

**Cuide sus setos eléctricamente con**

**Black & Decker**

**Sin fatiga • sin polución • sin ruidos**

**De la manera más fácil  
¡Solo apretar el botón!**

**Recorta setos a partir de 3.500 ptas.**

**Una buena inversión  
Se amortizan por sí mismos**



**DNJ 454**  
Recorta setos hoja larga  
Largo hoja 600 mm.  
Empuñadura semicircular  
Peso 3 Kgs.  
P.V.P. 4.500 Ptas.

Cortar setos ya no resulta un trabajo fatigoso y una pérdida de tiempo. Con los recorta setos Black & Decker todo es más fácil, rápido y cómodo. Van equipados con cuchilla de doble hoja y doble acción de corte, consiguiéndose un corte más rápido y un mejor acabado, eliminando además las vibraciones excesivas.



**DNJ 450**  
**HOJA CORTA**  
Largo hoja 300 mm.  
Empuñadura semicircular  
Peso 2,3 Kgs.  
P.V.P. 3.500,- ptas.



**DNJ 452**  
**HOJA MEDIANA**  
Largo hoja 425 mm.  
Empuñadura semicircular  
Peso 2,6 Kgs.  
P.V.P. 3.800,- ptas.



**8184**  
**RECORTA SETOS HOJA LARGA**  
Largo hoja 400 mm.  
Equipado con baterías recargables de larga duración.  
Empuñadura semicircular  
Peso 2,7 Kgs.  
P.V.P. 7.500,- ptas.

Recorta setos con baterías recargables, a partir de **4.000,- ptas.**

GRATIS recibirá un catálogo informativo enviando este cupón a Black & Decker. Apartado No. 40 - S.Baudilio LL. (Barcelona).

Nombre \_\_\_\_\_  
Dirección \_\_\_\_\_  
Población \_\_\_\_\_ Provincia \_\_\_\_\_